

El apagón

No hace tantos años, me encontré en un pequeño pueblo con un funcionario mayor que hacía las cuentas de multiplicar sobre un papel, sin calculadora. Cuando, fascinado por la enorme cola de números, le hice ver que de esa forma era más proclive al error y perdía mucho tiempo, me contestó que se fiaba más de su cabeza y de las reglas que le habían enseñado en la escuela en los pocos años que fue a ella, que de los botones de las máquinas. El hombre en cuestión vivía en una casa, acomodaba su vida a los ritmos del sol y tenía un huertecillo y unos cuantos animales que le daban para comer y para entretenerse.

Ahora, que ha habido un gran apagón en parte de Norteamérica, me he acordado de él, como cada vez que se va la luz en la oficina en que trabajo y tenemos que quedarnos de brazos cruzados, porque ya no sabemos hacer nada sin ordenadores. El apagón es un desastre: cientos de personas atrapadas en los ascensores; decenas de miles, vagando por las calles o haciendo noche en los parques; varios millones, incapacitados de pronto para sacar dinero, para comprar comida, para trabajar o para bajar los cientos de escalones que hay entre el nicho donde viven y la calle, y, más millones todavía, obligadas al suplicio de pasar unas cuantas horas sin televisión, a solas con su familia y sus pensamientos.

Tengo una concepción biológica de la existencia y pienso que la humanidad, como todo lo vivo, acabará como empezó: primero volviendo al huerto y, luego, desapareciendo, quizá bajo la forma del suicidio. A pesar de su soberbia, ya puede observarse que el gigante que devora el planeta y lo urbaniza no es tan poderoso como parece, que tiene los pies de barro.

Juan Bosco Castilla